

Poesía y Sindicalismo

Por Alberto Hijar

Para las azoradas conciencias de los creyentes del espíritu y sus altos valores como determinantes del arte, resultará por lo menos sorprendente que Enrique González Rojo haya entregado los 50, 000 pesos del Premio Xavier Villaurrutia al Movimiento Sindical Independiente repartido entre el Fondo de la Solidaridad de la Tendencia Democrática del SUTERM para mantener a los 72 sindicalistas no alineados despedidos, y la Federación Auténtica de los Trabajadores. En cambio para quienes saben de la hostilidad acelerada del capitalismo contra el arte y de la trayectoria de González Rojo, parece un gesto necesario y nada casual.

Como pocos escritores, González Rojo, hijo y nieto de poetas, y alguna vez discípulo de José Revueltas, asume la producción literaria como un trabajo transformador de la realidad dominante. Por esto, lejos de reducir su poesía a la bohemia y sus correspondientes inspiraciones metafísicas, ha procurado el conocimiento preciso de sus determinaciones. La investigación filosófica, los trabajos literarios y la práctica política, han tenido en González Rojo un cultivador constante afanado en

enriquecerlas simultáneamente. Por algún tiempo, defendió la tesis del poetismo como vía depuradora de la confusión entre la poesía con otras articulaciones sociales. Pretendía así, hace casi 20 años salvaguardar la significación poética de las reducciones mercantiles del mercado burgués y de la lucha por el poder social propia del discurso político. Ni retórica izquierdista, ni discurso dominante, la poesía podría aparecer liberada mientras su productor ejerciera la política como tal y la crítica literaria como aplicación filosófica. Pero el desarrollo del movimiento obrero, de las ideologías marxistas y de la poesía, probaron a González Rojo la improcedencia de establecer distinciones obsoletas y combinatorias estructuraleras. Sus estudios sobre anarquismo, el estudio sobre Althusser, sus investigaciones para probar el carácter falaz y ocultador del concepto “clases medias”; han ido construyendo la práctica de González Rojo.

Marginado de la burocracia académica de la filosofía universitaria, el autor de “El quintuple balar de mis sentidos” no perdió de vista en momento alguno la ideología de la coexistencia aparentemente trivial de las escuelas de filosofía. Prefirió la investigación personal constante y la presencia, por cierto cada vez menos activa, en el movimiento obrero. Seguramente

advirtió la reducción poética al elitismo como necesidad de un sistema empeñado en la productividad mercantil y en el apoyo a escritores aparentemente neutrales con amplio acceso a las publicaciones. Por fortuna, y no por azar, Enrique encontró en la editorial Diógenes (cuyo nombre tampoco es casual) la posibilidad de publicar sus trabajos: “Para leer a Althusser” y “El antiguo relato del principio”, donde recoge el libro de este nombre, “La bestiada”, “En primera persona” y “Aquí con mis hermanos”. El conjunto está fundado en el proyecto de “deletrear el infinito”, de asumir el materialismo como proceso de significación siempre abierto y de la consiguiente necesidad de aprobación y transformación que incluye los trabajos personales en la totalidad histórica.

¿Quién mueve la historia? No el Hombre, la Libertad o el Espíritu. Esos son los mitos inventados por la burguesía para ocultar las relaciones sociales concretas e imponer su dominación. Por esto, quienes conocen la historia, van procurando la liquidación de la ideología de la clase dominante como única posibilidad de incorporarse al desarrollo histórico real. Por esto, González Rojo da pruebas ahora de la coherencia entre el trabajo intelectual, la conciencia sentimental, y la posición política al

entregar su premio al Movimiento Sindical Independiente.

Relata Brecht que al leer a Marx por vez primera, comprendió que hubiera sido el mejor espectador de sus obras. En efecto, ni la poesía ni el arte en general parecen importar más que a quienes están construyendo el porvenir con todas sus implicaciones. Mientras el burgués se empeña en la productividad mercantil y combate todo lo que se le oponga incluyendo la imaginación, el proletariado consciente ofrece la única perspectiva liberadora de todo. Por esto González Rojo no sólo dice: “El materialismo vulgar piensa que Alonso Quevedo está enamorado de Aldonza Lorenzo”, sino declara las ganas de “gritar a los cuatro vientos de la indiscreción que amó a Marx , a Lenin, a Mao... convencido de que los agentes pueden serlo todo menos lectores de poesía”.

Burlar a la represión, declarar el amor combatiendo sus acechanzas, construir una sentimentalidad nueva, son tareas que articulan la poesía a la lucha y procuran un nuevo orden político, “con la tinta azul cólera en la pluma”. Por esto la significación abierta de su obra literaria es concretada hoy por una declaración solidaria precisa y reveladora al usar un premio, siempre discutible y arbitrario, para

reafirmar una posición de clase que lo pone en el único camino históricamente relevante.

“El Sol de México”, Viernes 18 de febrero de 1977.